

Experiencia, acción y palabra

Editorial

Este número 46 de la revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales* hace eco a su propia denominación y enuncia la noción de experiencia desde una perspectiva dinámica y recursiva del espacio-tiempo, como la imagen del torcimiento de un bucle en el aire. La llamada subjetividad que nos anticipa como sujetos a partir de las creaciones simbólicas, que nos modelan social e históricamente y que al unísono devienen en la síntesis individual del sí mismo, sugiere como un mecanismo fundamental el acontecimiento y mediación de la experiencia que podría verse, entonces, como un lazo entre los procesos subjetivos y la fuerza vehemente que nos dispone a tocar el mundo y a recibirlo de una manera u otra, que actúa en los cuerpos y nos contagia de las formas de hacer, mirar y socializarnos.

Insistimos pues, en que la experiencia es un entramado complejo que se arraiga en el discurso y en él se configura; construye sentidos, los amplía, los resitúa en el ir y venir del tiempo. Es decir, en cada vuelta discursiva se juega una nueva narración de lo que un sujeto recorta de su historia como acontecimiento; hacia atrás (desde la memoria) y hacia adelante (con el deseo) el sujeto dibuja un horizonte que posibilita su aparición en el mundo, porque la experiencia también configura –y reconfigura– al sujeto, lo hace *ser* y estar a partir de lo que en el discurso emerge como un sentido propio, como esa noción que sólo puede producirse a partir de la interpretación de los hechos y los afectos.

Varias son las lecturas epistemológicas que dan cuenta de este complejo proceso que podría resumirse en una idea de aparente ingenuidad que la define como “lo que nos pasa” (Lacapra, 2006) pero no hay en ello ninguna simplicidad o reduccionismo en tanto detrás de la misma está la amplitud y profundidad de nuestra existencia, dígase la hechura activa del sujeto histórico-social y de las formas de estar y ser en el mundo.

El registro afectivo de lo que acontece a un sujeto debería ser suficiente para dar cuenta de cómo la experiencia es producto de la acción y la palabra, toda vez que en ambas se sitúa el afecto como motor y cauce del sentido. Sin embargo, no siempre es así, porque en nuestra “verdad” moderna el mundo se significa a través del razonamiento, de los conceptos, de la lógica formal, lo que llega incluso a oponerse a este registro afectivo. Ahora bien, hay que recordar que la filosofía, desde Kant hasta Benjamin, ha trazado puentes entre estos dos ámbitos que no sólo han propiciado una reconciliación, sino que además han sugerido diversas formas de articulación, como la fenomenología, el análisis del discurso o el psicoanálisis, cada uno inserto en campos disciplinares diversos que recuperan ciertas guías filosóficas.

Por otra parte, como forma de apertura al mundo, Gadamer insiste en la fuerza del lenguaje que trama las experiencias; alude a la idea de la “lingüística” (1992) no como entelequia sino como condición de sociabilidad por la que la experiencia se constituye, se transmite, se conoce y se torna en futuro, condición por la que es posible el diálogo de los afectos y las emociones. La experiencia entonces no debiera sorprendernos como una suerte de accidente fortuito o como sucesos contingentes, sino como un campo apreciación que convoca la realidad significada, hecha de discursos y prácticas, que nos disponen al contacto con el mundo, a percibirlo, comprenderlo, a conocerlo, a tomar acciones, revivir y recrear sentimientos.

Con estas ideas en mente podemos afirmar que la experiencia, como una de las aproximaciones para entender la creación de nuestra realidad colectiva y personal, está inscrita en la historia y marcada por ésta, por las regulaciones institucionales, las dimensiones artísticas, las tradiciones, las creencias, los afectos, el erotismo y la singularidad identitaria que alude a la fuerza del deseo y la potencia creadora.

Este número de la revista *Tramas* pone en evidencia la diversidad de miradas, historias, lenguajes que aluden a formas de experimentar el mundo: los objetos, las prácticas, a los otros y a nosotros mismos. Las experiencias constituyen saberes y los saberes experiencias, en un efecto revolvente que se nutre a sí mismo. Así, los autores cuyos artículos componen esta entrega, se encaminan a la discusión de la experiencia desde abordajes predominantemente teóricos, otros desde apuestas metodológicas novedosas, otros desde la intervención en el campo y la lectura de sus hallazgos, todos en el camino de la producción de saberes.

Los textos de Pedro Reygadas y de Andrés Villanueva desarrollan discusiones sustantivas respecto al concepto de experiencia tramada con el lenguaje y la palabra; como un campo de análisis en el acercamiento a esferas de la vida de “los otros” cuyos escenarios y mundos simbólicos expresión y sentidos pueden ser ajenos a los investigadores y científicos sociales.

Reygadas, desde su perspectiva filosófica-antropológica, hace una reflexión profunda sobre la experiencia que resalta la fuerza simbólica y la imaginación de lo que él llama ‘filosofías originarias’ que entrañan visiones del mundo y ‘lenguaculturas’ alternas, ajenas a la racionalidad moderna latinoamericana y que no son comprendidas ni apreciadas en su singularidad por la clausura epistémica de la perspectiva hegemónica. El autor sugiere que sólo un proceso de apertura y descentramiento de las epistemes dominantes prosperará en el reconocimiento de las culturas originarias que de suyo han sido y son, sistemas organizados de vida cuyos horizontes filosóficos son el basamento de nuestras historias presentes.

Desde la mirada de la psicología social Andrés Villanueva hace una interesante ‘precaución de método’, porque interroga la propia noción de experiencia como un campo paradójico en tanto se formula en el lenguaje y la palabra, que desde su perspectiva sufren de una escisión, es decir, la desarticulación entre las palabras y sus representaciones; finalmente el autor asume ese fundamento y a partir de ello recalca las contradicciones que dos sistemas de interpretación diferentes producen en las experiencias relatadas. Así, lo que él denomina la ética de la intervención está situada en el frágil intercambio subjetivo, entre las visiones de los investigadores que inquietan y aquellos que responden.

Villanueva pone el acento en la comprensión de estas discrepancias, y lo refiere al trabajo sutil del investigador que admite mundos ajenos y que se dispone a la escucha generosa, humilde y sin vocación de dominio.

Zenia Yébenes, en un trabajo antropológico en torno a la psicosis, nos adentra a una pregunta profunda: ¿cómo es que contamos historias?, para reflexionar entonces sobre la experiencia subjetiva que se construye en la psicosis y cómo entender, construir y contar historias, desentrañando el carácter subjetivo del sujeto y la experiencia que de él emana. Cuestionando los modos de hacer investigación de la antropología, y valiéndose de Benjamin, Foucault, De Certeau, entre otros, la pregunta apunta mucho más al investigador que al sujeto psicótico o de la psicosis, que al nombrarse como una historia y no como un diagnóstico abre una brecha en la que el delirio se vuelve una suerte de guía que acaso el investigador, colocado en el lugar del que recupera e indaga en las narrativas de los otros, sea capaz de avistar.

Patricia Medina Melgarejo despliega en su texto un amplio panorama que indica los soportes en los que cifra la noción de zona de experiencia entendida como “los procesos y espacios de subjetivación y activación de la memoria”; es decir la experiencia como un modo de subjetivación del mundo y la constitución de los sujetos, que en este caso refiere al sujeto político, entidad forjada a partir de la recuperación de los relatos y testimonios de injusticias sociales, que pueden derivar en la emancipación. La autora apunta algunos debates sobre la experiencia; relaciona a Benjamin y Agamben quienes insisten en que la actualidad moderna ha impedido que el mundo nos provoque y lo provoquemos, es decir que no construimos nuevas experiencias debido a que nuestro lenguaje está embebido en la ciencia y el saber, y desdibuja los rasgos de la subjetividad. Posteriormente, atraviesa el campo contemporáneo de la experiencia del empirismo inglés que resalta la vivencia de los actores, a partir del cuerpo y el ritual, hasta llegar a las teorías decoloniales y la interrogación de la sub/alternidad en la acción social. Se centra en las experiencias de insumisión, insubordinación y resistencia que en buena medida puede explicar al sujeto político con su condición emancipación y autonomía.

Araceli Soni y Darío González, como académicos interesados en la comunicación social y en el arte, nos presentan un texto interesante

que hace pensar cómo la experiencia estética derivada de una actividad artística –que no es ajena al mundo cotidiano, a la historia, a las respuestas sociales– puede no sólo denunciar sino incidir en las perspectivas subjetivas de amplios sectores poblacionales para activar las conciencias e interrogar, en este caso, la violencia y sometimiento del “apartheid sudafricano”. Ellos se refieren a la obra de Anton Kannemeyer, caricaturista sudafricano que a partir de sus revistas hace ver la desigualdad y subyugación de la negritud en su país. El trabajo de los autores para explicar este efecto de la experiencia estética, resalta al arte no como como la expresión individual del talento sino tejida con los acontecimientos experimentados e interpretados individual y socialmente. Kannemeyer, artista impregnado de los acontecimientos, de los discursos social-históricos invoca sus experiencias en doble sentido para gestar una estrategia política y activista que se plasma en la expresión de su arte; la experiencia estética que deriva del análisis de su obra se abre en dos sentidos a la vez ensamblados: la creación en sí misma y su poder estético y la incidencia política que puede acompañar la movilización social.

A partir de un recorrido por algunas premisas del pensamiento de Walter Benjamin, enmarcado en la Escuela de Frankfurt, Josefina Vilar propone una revisión de la mirada dialéctica para interpretar la historia y sus productos, situados como una experiencia actual que se lee a partir de una experiencia del pasado, la construcción del espacio de simultaneidad. La revisión del intercambio entre Benjamin y Adorno abona en la elaboración de esta propuesta para el análisis de la fotografía como el cruce de las catástrofes que atraviesa la Humanidad y el auge de las nuevas tecnologías.

El artículo de Alejandro Montes de Oca propone pensar la experiencia a través de la escritura literaria en un personaje como Kafka y cómo es que se construyen en sentidos paralelos, es decir, la revisión de modos de la experiencia que se aparejan con la escritura literaria, al tiempo esta escritura se corresponde con la vida de Kafka y es también fuente de reflexión y significación; el autor expone tres coordenadas analíticas: el secreto, la errancia y el umbral, e identifica tres líneas literarias que recorren la obra de Kafka: el misticismo, los amores (sus fracasos) y la pulsión negativa, a la que dedica particular

interés en este trabajo, y con éstas teje una idea acerca de la experiencia subjetiva en la literatura en Kafka, asomándose también a la escritura literaria como un quehacer cultural y social.

En una aproximación cercana y tratada desde el marxismo, el artículo de Cuéllar Romero y Pulido Navarro apunta a desanudar las experiencias de sub/alternidad para caminar hacia la emancipación dentro del terreno del trabajo y la salud. Con esta idea en mente sugieren conocer, a partir de historias orales las referencias y articulaciones con la historia social. Es decir, la relación singular-colectivo de la experiencia personal entramada en las experiencias colectivas que derivan de la compleja problemática del trabajo y la salud.

En el trabajo de Guillermo Vadillo, quien realizó un estudio con indígenas de la Sierra de Oaxaca con la intención de trabajar en una experiencia traumática silenciada, si bien la intención querría historizar el evento para indagar su impacto, el investigador se enfrenta al silencio colectivo que no define como obstáculo sino como un motor de cohesión y movilización. La hipótesis que emerge es muy interesante, en tanto trastoca la idea que el olvido y el silencio enferman y subyugan para configurar otra cara, aquella que hace pervivir el sentido mismo del suceso y cuyo secreto se inviste de una fuerza poderosa cuya su ruptura se contempla como un sacrilegio.

El artículo de Adriana Soto retrata las fuertes variaciones de las experiencias de las madres con hijos que presentan alguna discapacidad motriz o intelectual en un centro de atención en Oaxaca, Piña Palmera. Dadas las distintas miradas de las mujeres, la autora se plantea a la experiencia como un concepto de difícil delimitación y la entiende como un ámbito siempre en movimiento que es constituyente de los sujetos y no un reservorio de saberes acumulados. Coincide con la perspectiva de Benjamin, de Agamben y Desroche dado que los relatos de las mujeres están incrustados con las visiones instituidas de lo que significa ser mujer con atributos como el sufrimiento y los valores de la incondicionalidad para el cuidado de los otros. Las variaciones le hacen dudar de la afirmación de que las experiencias se tejen con las temporalidades, porque en el caso de estas mujeres el futuro no tiene cara, ni expectativas sino que se mantiene en la ausencia de certeza y conlleva la permanente interrogación sobre la propia vida.

En tanto, Guadalupe Ortiz nos acerca al trabajo infantil en el campo, lo que implica cuestionar y redimensionar nociones que, en este trabajo, revelan una faz de la experiencia del niño y su quehacer que más que un trabajo en el sentido de actividad remunerada implica identidad y pertenencia, raigambre, experiencia comunitaria; hay una intención de cuestionar el criterio de la Organización Internacional de Trabajo y la sanción supuesta para el trabajo infantil, toda vez que en determinados ámbitos (como el campo mexicano) los niños hacen ciertas labores específicas acordes no con su tamaño, por ejemplo, sino con el lugar social que ocupan. El hilo conductor de este artículo es el testimonio, mismo que le sirve a la autora para ponderar consideraciones distintas acerca del vínculo que los niños trabajadores sostienen con el campo y su comunidad, y sólo así, desde el reconocimiento del contexto específico, plantear la demanda por condiciones laborales dignas.

La integración de este número de *Tramas* ha significado para nosotras una apuesta enriquecida con la articulación de tan diversas miradas y discusiones que atraviesan los distintos derroteros de lo humano: la experiencia y sus formas, sus configuraciones, sus palabras, las expresiones con que se sostiene y lo que en cada proceso subjetivo se transforma.

Marta Rivas Zivy
Verónica Alvarado Tejeda